

la sincronía y la simultaneidad y lo ha pensado como un *mercado de simulacros*. Otro teórico, Jacques Lacan, habló de la inefabilidad de «lo real». En verdad esta novela parece ilustrar como pocas creaciones la conciencia posmoderna de que eso que llamamos realidad –cito a Juan José Lanz– es mera convención y constituye «un juego de espejos, de planos de ficción», que «permite entrever muchas veces, más allá de la pura representación, una percepción visionaria del vacío»¹⁰. (No me parece casual, dicho sea de paso, que la literatura de Felipe Benítez esté poblada de tantos términos que remiten al campo semántico de lo apariencial: el ilusionismo, la prestidigitación, la magia.) La realidad, en fin, es puro humo, una trama de niebla (que éste es el título elocuente de la poesía reunida del autor), y como humo o como niebla se escurre entre los dedos que intentan atraparla, o entre los renglones que pretenden aprehenderla. Pienso que las múltiples vueltas de tuerca que componen la trama de *Mercado de espejismos* no responden solamente a la parodia de la complicación argumental de las ficciones esotéricas; por encima de esto, el continuo desconcierto informativo que recibe el narrador-protagonista, la dificultad que experimenta –desde sus muy limitadas posibilidades de percepción– en el esclarecimiento de una verdad hondamente autoexigida, y que se multiplica en un laberinto de posibilidades y apariencias, constituyen una metáfora de la dificultad de penetrar la complejidad caótica de lo real, y el reconocimiento de que ya no es posible describirla en términos de unicidad y totalidad, ni representar objetivamente el mundo. Al mismo tiempo Jacob Vinuesa, al escenificar sus desvelos por conocer y por contar cómo han sucedido las cosas, su ansiedad por reunir los datos y contrastar los testimonios, por buscarles coherencia y tratar de comprender o de explicarse a sí mismo y a tía Corina los acontecimientos, metaforiza la tarea del novelista de la realidad, su mismo esfuerzo por inventarla y por narrarla. Y al fin, en esta disposición de búsqueda, de persecución de un sentido o una clave ignorada, de indagación en torno a los vaivenes del protagonista en su naufr-

¹⁰ Juan José Lanz: «La joven poesía española al fin del milenio. Hacia una poética de la postmodernidad», *Letras de Deusto*, 66 (enero-marzo 1995), pp. 190-191.

gio por la realidad, tal vez haya que ver –y muy por encima, como he dicho, de la voluntad de parodia– la alegorización de un requerimiento intrínseco de la posmodernidad. Lo diré con unas palabras de Joan Oleza que me parecen extraordinariamente clarividentes y perspicaces:

Si la posmodernidad nace de la moción de censura contra los grandes programas explicativos de la modernidad, sus utopías y credos sistemáticos, entonces lo propio de la posmodernidad es ese estado en el que es más necesaria la comprensión que las explicaciones, más la indagación y la pregunta que las respuestas.¹¹

Por eso Jacob, «el jefe de los signos de interrogación» (p. 389), como lo define tía Corina, no puede dejar de hacer preguntas, por más que piense que la verdad no está obligada a ser verdad, según nos dice al final de la novela (p. 396), y tal vez no exista más certeza que la de las dudas. Pero «la indagación, el tanteo, la exploración, la interrogación, la búsqueda, son los emblemas de la perplejidad del hombre posmoderno, empujado a rastrear en lo real el sentido perdido de las cosas»¹².

Felipe Benítez Reyes asiente al dictamen de Nabokov que proponía que la palabra «realidad» habría que escribirla siempre entrecomillada, ya que es un concepto, el de realidad, muy vulnerable a las interpretaciones¹³. Pues bien, entiendo yo que las novelas de Benítez Reyes obedecen a la interpretación de la realidad a la que nos aboca esta época nuestra, a la que nos enfrenta –digámoslo así– la posmodernidad, y se integran con notable exactitud en el paradigma de eso que precisamente Joan Oleza ha llamado un «realismo posmoderno». Si tradicionalmente la literatura realista ha buscado la *construcción del sentido*, y ha tratado de simular la armonía que a la realidad le falta, la novela de Felipe Benítez

¹¹ Joan Oleza: «Un realismo posmoderno», *Ínsula*, 589-590 (enero-febrero 1996), p. 42.

¹² *Ibid.*

¹³ Véase la entrevista con Blanca Berasategui en *El Cultural* (Suplemento del diario *El Mundo*), 1 de febrero de 2007.

se aplica por el contrario a desbaratar ese espejismo, y a mostrar al desnudo el caos complejo y fluctuante de lo real o, como dice el narrador, «el álgebra de su sin porqué» (p. 108). En este sentido, Felipe Benítez Reyes sigue siendo un escritor profundamente realista, puesto que mimetiza el paisaje ontológico posmoderno y tematiza la percepción esquizofrénica de la realidad, la pérdida de sentido del mundo, la disolución de la propia identidad... Según él mismo piensa de las novelas de Chesterton, la suya, de apariencia tan disparatada, es un calculado juego de espejos, y su sentido extravagante de la realidad, una *verdadera* realidad¹⁴.

Mercado de espejismos resultó ser, en fin, una novela rigurosamente posmoderna (por lo menos, si asentimos a los significados dominantes aceptados para el término), aunque no sólo, o no fundamentalmente, por su naturaleza de parodia. Y resultó ser, sobre todo, una novela de lucidez conmovedora, al margen de las cualidades que la reclamaban para aquel seminario de verano. Cuando, ya reposada su lectura, regresé sobre el relato, más por casualidad que por curiosidad mi atención se detuvo en el texto de la contracubierta destinado a presentar sumariamente el contenido y la significación del libro: «una parodia sutil, [...] hilarante y demolidora, de las novelas de intrigas esotéricas», trazada con «una prosa envolvente» y «una deslumbrante inventiva». Hasta aquí lo consabido. Porque, eso sí, ninguna de las críticas de urgencia había negado a la novela de Felipe Benítez aquellas cualidades que ya singularizan a su autor como prosista: el ingenio inventivo, el arte de la agudeza verbal y conceptual, el extraordinario gracejo satírico, y una poderosa elaboración lingüística en la que se deja ver la herencia que el oficio de poeta presta al novelista. Ahora bien, la sinopsis de la editorial Destino ya avanzaba un «algo más» del que no se hacían eco aquellas críticas: «*Mercado de espejismos* trasciende la mera parodia y traza un diagnóstico de la fragilidad de nuestro pensamiento, de las trampas de la imaginación, de la necesidad de inventarnos la vida para que cobre realidad. Y es en

¹⁴ Felipe Benítez Reyes: «*El hombre que fue Jueves*», *op. cit.*, p. 133.

ese ámbito psicológico donde adquiere un sentido inquietante esta historia». Los primeros comentaristas de la novela habían pasado como sobre ascuas por encima de este asunto capital y otros colindantes, por más que, en este caso, las palabras de reclamo para la buena fortuna comercial del libro en nada exageraban, a mi juicio, la potencia significativa del producto. La parodia, sin dejar de serlo, resultaba ser también otro espejismo, el reflejo tramposo que eclipsa tras su carcajada sonora y festiva otros sentidos más graves y más íntimos: las mismas perplejidades y las mismas precarias certezas del mundo literario de Felipe Benítez Reyes, los mismos fantasmas y las sombras de siempre, su misma impenetrable trama de niebla ©